
Presentación

RAÚL O. FRADKIN Y JORGE GELMAN

Hasta hace no mucho tiempo el análisis del rosismo se resolvía en gran medida dentro del paradigma analítico del caudillismo en el que se lo incluía.

Y aunque este mismo concepto haya sufrido variaciones interpretativas a lo largo del tiempo, en el núcleo duro de casi todas ellas figuraban varios temas inaugurados por Sarmiento, como el vacío institucional, la resolución de los conflictos por la violencia y la existencia de liderazgos derivados en buena medida de la polarización de la sociedad rural, en la que los grandes estancieros —que controlaban los recursos para la guerra y poseían autoridad natural sobre sus peones y arrendatarios— se convertían en los caudillos que el momento reclamaba.

Últimamente, estos ejes temáticos han sufrido fuertes modificaciones desde varios frentes.

Por un lado, los cambios interpretativos sobre el agro colonial y postcolonial en muchos sentidos que no podemos detallar aquí. Baste indicar que de una visión del campo con una polarización social extrema se pasó a otra mucho más matizada que ha mostrado convincentemente que se trataba en muchos casos de una sociedad donde predominaban los pequeños y medianos propietarios y productores, con una población con altas dosis de movilidad geográfica y social y con escasos niveles de cristalización en las estructuras sociales o de constitución de sistemas deferenciales de los más pobres hacia los más privilegiados.

De aquí se desprendería una premisa que los historiadores debieron contemplar y que cuestionaba muchas de las interpretaciones sobre el rosismo o sobre el caudillismo en general: si la autoridad del caudillo no se derivaba de su lugar en la cima de una sociedad polarizada y deferencial, dicho caudillo debía conquistar ese liderazgo con diversas herramientas que era necesario estudiar.

Por otro lado, empezaron a observarse, acompañando este cambio de paradigma sobre la sociedad rural, los procesos de politización de los pobladores rurales que acompañaron su creciente incorporación a los nuevos sistemas de representación que se establecieron luego de la Revolución, pero también y quizás sobre todo, a su cada vez más fuerte participación en los ejércitos y milicias que jugarían un rol central en los conflictos bélicos que recorrieron buena parte del siglo XIX.

Aquí, de nuevo, el paradigma sarmientino jugó algunas malas pasadas a los historiadores que suponían que en las campañas no había vida política en el sentido clásico, debido a la falta de densidad de la sociedad civil, de ámbitos de sociabilidad, de reglas pautadas de convivencia, de lazos de interdependencia, etc. O, considerando la alta polaridad de esa sociedad, se entendía, a manera de postulado, que no podía haber politización ni vida política sino apenas lazos de dependencia hacia los poderosos.

De esta manera, las campañas eran por definición unánimes –por falta de vida política– y no se cuestionaban las decisiones tomadas por sus “líderes naturales”.

El cambio en estos paradigmas abrió diversas preguntas que guiaron muchas investigaciones novedosas para interpretar el caudillismo y el rosismo en particular, como las que se presentan en este dossier.

Los trabajos que lo conforman fueron presentados en las jornadas organizadas en el Instituto Ravignani por la Red de Estudios Rurales en octubre de 2007, que tenían por título general “Política y Sociedad en el mundo rural, siglo XIX”.

En dichas jornadas se presentaron doce trabajos referidos a distintos aspectos de la historia política en el mundo rural del siglo XIX en diversos espacios del territorio argentino.

Por razones de orden práctico y también en función de los temas abordados, hemos decidido publicar estas contribuciones en tres grupos. Uno referido a los procesos de movilización política de los sectores rurales en los momentos inmediatamente posteriores a la crisis revolucionaria que publicó como libro Prohistoria Ediciones; otro centrado en el estudio de ciertos actores intermedios de la política en el mundo rural en varias provincias y finalmente un tercer bloque, que presentamos aquí, referido a algunos aspectos de la construcción del orden rosista en Buenos Aires.

En realidad, como se observa a través de los títulos de estas contribuciones, no todos se refieren al mundo rural. El trabajo de Di Meglio se refiere a la Mazorca que, como es sabido, fue una organización eminentemente urbana, de la ciudad de Buenos Aires.

Se podría decir, siguiendo de nuevo a Sarmiento (pero también a Echeverría de *El Matadero* y a tantos otros), que en realidad la Mazorca expresaba a la barbarie rural que azotaba sobre la “cultura Buenos Aires” o, como expresaba el ilustre sanjuanino, era parte de un sistema en el que “...el estanciero don Juan Manuel de Rosas [que] clava en la cultura Buenos Aires, el cuchillo del gaucho y destruye la obra de siglos, la civilización, las leyes y la libertad”.

Sin embargo, es interesante el contrapunto temático que ofrecen los tres trabajos aquí presentados que son, casi, la contracara de ese modelo interpretativo sobre el rosismo y la vida política de la época.

Por un lado, el trabajo de Di Meglio estudia la Mazorca, es decir, la formación de una organización dedicada a imponer el terror al margen de las instituciones o para domesticar unas elites y unas instituciones que no lograban establecer un sistema político y social ordenado y firme en la ciudad. Pero como muestra convincentemente el artículo, no se trata de un instrumento rural que se impuso allí, sino el resultado de fenómenos específicos del desarrollo social y político de Buenos Aires. La ciudad fue escenario de una fractura social y política que parecía mucho más aguda que la de la campaña, un proceso muy intenso de politización y participación en la escena política de los sectores subalternos y finalmente el rosismo decidió (y pareció lograr) encausar una parte de esa energía en pos de disciplinar-aterrozar a una elites que no habían hecho más que poner en derrota todos los intentos de erigir gobiernos estables desde 1810. Al mismo tiempo es posible pensar

que el encuadramiento de sectores populares como miembros del brazo ejecutor de la política rosista muestre el fin de una etapa, abierta luego de la Revolución, de creciente participación de los sectores populares urbanos en la vida política, incluyendo algunos esbozos de acción y de liderazgos con cierta autonomía, como el mismo Di Meglio estudió en otros trabajos.

Por otro lado, los trabajos de Sol Lanteri y Daniel Santilli se refieren a un tema que hasta el momento no había merecido demasiada atención de los historiadores: el análisis de los procesos electorales en la campaña rosista.¹

Si bien existen estudios sobre los sistemas electorales para el caso rioplatense, como los hubo para gran parte de Iberoamérica en los últimos veinte años, estuvieron más concentrados en el ámbito urbano, considerando que en la campaña sólo había sistemas clientelares que se manifestaban a través del “unanimismo” electoral.

Inclusive el libro de Marcela Ternavasio, sin duda el mejor análisis sobre los sistemas electorales en Buenos Aires en la primera mitad del siglo, al analizar la transformación de dicho sistema desde uno competitivo “internotabiliar” en los años 1820s. hacia uno unanimista durante el rosismo, considera que este último sistema existió desde siempre en la campaña y que fue trasladado por Rosas a la ciudad, replicando de alguna manera uno de los tópicos preferidos de Sarmiento.

En cualquier caso, los dos estudios aquí incluidos, junto con el pionero de Garavaglia ya citado, aportan elementos muy interesantes para empezar a comprender el funcionamiento de la vida política en las comunidades locales rurales.

Aunque falta mucho por saber todavía sobre estos temas, lo primero que podría decirse es que hay vida política en las campañas y que esta *en parte* pasa también por el funcionamiento del sistema electoral. Inclusive se observa que las disputas electorales no siempre tuvieron el carácter de unánimes y que, como señala Santilli a través del caso de Quilmes, dicha unanimidad, al igual que en la ciudad, debió ser construida.

Pero, quizás más que eso, estos trabajos nos advierten que había una intensa vida política en las campañas y diversidad de opiniones y disputas que no necesariamente se reflejaban en la contienda electoral. Estas comunidades habrían percibido como demasiado lejanas las decisiones que tomaban los representantes elegidos a través de ellas, pero habrían sido concientes de la importancia que las mismas tenían para los gobiernos y para los agentes del gobierno en las comunidades. De esta manera, parecen haber negociado su participación en las elecciones, no tanto para cambiar el candidato a representante como para disputar las condiciones de ejercicio del poder en cada una de las localidades.

De todos modos es mucho todavía lo que falta saber sobre la vida política en las campañas antes de la construcción del sistema municipal, ya sea acerca de los propios

¹ Anteriormente sólo se contaba con la aproximación que realizara Marcela Ternavasio a la expansión de la “frontera política” y el análisis que efectuara Juan Carlos Garavaglia sobre las elecciones en el distrito de San Antonio de Areco. GARAVAGLIA, Juan Carlos “Elecciones y luchas políticas en los pueblos de la campaña de Buenos Aires: San Antonio de Areco (1813-1844)”, en *Boletín del Instituto de Historia Argentina y Americana “Dr. Emilio Ravignani”*, núm. 27, UBA, Buenos Aires, 2005, pp. 49-74.

procesos electorales, las otras formas de participación política o sobre los mecanismos de construcción de autoridad en la ciudad. Los trabajos aquí presentados abren un camino que resulta prometedor.